



eduardo galeano
días y
noches de
amor y
de guerra

arca

TESTIMONIO

La revista *crisis* Un largo acto de fe en la palabra

Carlos María Domínguez

Escritor

Eduardo Galeano fue el joven secretario de redacción de *Marcha* y el joven director del diario *Época*, pero la revista *crisis* fue su entera creación, desde que Federico Vogelius, el empresario argentino que financiaba la aventura, le aseguró que le daría libertad para hacer lo que quisiera. Entonces a los 32 años, cuando *Las venas abiertas de América Latina* llevaba dos años de reconocimiento internacional y la situación política uruguaya se precipitaba al golpe de Estado del 73, igual que muchos uruguayos, Galeano emprendió su exilio en Buenos Aires.

Sin presentación ni la declaración de ideas que suelen lucir las revistas culturales, con textos de Manuel Rojas, Henry Miller, Guimarães Rosa, Sábato, Drummond de Andrade, Neruda, Cortázar, Ricardo Molinari, un poema de Lenin, dibujos de Sabat y grabados de José Guadalupe Posada, *crisis* salió a los kioscos en mayo de 1973. Los títulos en minúscula, el diseño generoso de Eduardo Sarlanga, los inéditos de escritores latinoamericanos que conseguía Galeano, con sus firmas y saludos manuscritos, el encarte de serigrafías y facsímiles históricos que aportaba Vogelius de sus colecciones privadas, distinguieron a la revista desde el primer número. La fecha coincidió con la asunción de Héctor Cámpora al gobierno de Argentina bajo la consigna “Cámpora al gobierno, Perón al poder”, y con las expectativas de un importante sector de la izquierda que veía en el regreso del peronismo la oportunidad de alentar una revolución. La dirección incierta de la política, el flujo épico de las luchas populares, la violencia de los enfrentamientos, interpelaron el lugar de la literatura y las artes y expandieron la atención sobre el continente. A lo largo de tres años, *crisis* dio a conocer adelantos inéditos de Alejo Carpentier (*El recurso del método*), Roa Bastos (*Yo el supremo*), García Márquez (*El otoño*



del patriarca), Haroldo Conti (*Mascaró, el cazador americano*), entre textos de Ernesto Cardenal, Arguedas, Jorge Amado, Gelman, Benedetti, Borges, Felisberto Hernández, Onetti, Moyano, Tizón, y la creación de nuevos y consagrados protagonistas.

Iniciada con un perfil literario, muy pronto amplió su vocación a muchas áreas hasta entonces poco vinculadas con el mundo de las letras: la cultura popular, la historia, la política, la economía y el consumo, la vida de los trabajadores, las artes plásticas, la publicidad y los medios de comunicación, el humor, los testimonios sociales, las crónicas, abordadas sobre el mapa del interior de la Argentina y de América Latina, con informes sobre los países del Tercer Mundo, la cultura norteamericana y europea. Sus páginas se convirtieron en una cita mensual con muchas voces del presente y del pasado, con los reportajes de María Esther Gilio, los artículos de Heriberto Muraro, los cuentos de Don Verídico, los rescates de Jorge B. Rivera, y tantas firmas y temas que la revista sumó (con) la edición de cuadernos temáticos y varias colecciones editoriales.

Cuando promediaba 1974 le acerqué a Galeano unos cuentos, meses después me invitó a colaborar y me convirtió en periodista, porque a los 19 años yo no tenía experiencia en la profesión. La redacción estaba en el octavo piso de un edificio sobre la avenida Pueyrredón, donde trabajaban Galeano, Sarlanga, Aníbal Ford, Vicente Zito Lema, y pocos más. Por la secretaría de redacción ya habían pasado Julia Constenla y Juan Gelman, el equipo de redacción era mínimo y los recursos, modestos, pero Galeano se ocupaba de convocar una valiosa red de colaboradores que hacían de *crisis* una pertenencia, identificada ideológicamente con la izquierda, sin alineamientos políticos más allá de los compromisos personales que asumía cada uno. La convicción de la revista permanecía alejada de los sectarismos y los prejuicios culturales, de modo que no era raro leer en sus páginas a Borges y a Perón, a Joyce y un informe sobre la situación de los mineros en Bolivia, seguida de un reportaje a Pichuco o a Pablo Picasso. La fraternidad temática, que corrió paralela a los partidos de fútbol improvisados por la redacción en los parques de la General Paz, rompió los espacios estancos de la cultura y definió el espíritu que Galeano supo darle. Una revista en la que las palabras respiraban, antes y después de llegar al papel.

No es fácil ahora, explicar que la avidez que llenaba los kioscos de revistas, fascículos y libros, los cines y los teatros, los auditorios, las facultades y las plazas con espectáculos públicos, convivía con las operaciones guerrilleras del ERP y Montoneros, con los secuestros de la Triple A y otros grupos parapoliciales dispuestos a cobrarse muchas vidas mientras recorrían las calles en autos sin matrículas, con metrallas asomadas por las ventanillas. Entonces nadie imaginaba que el esplendor cultural de esa hora se revelaría crepuscular. La izquierda que no acompañaba las acciones armadas estaba

expuesta a toda clase de atentados y como otras publicaciones *crisis* sufrió el secuestro de varios colaboradores: el periodista Carlos Villar Araujo, el coordinador gráfico Luis Sabini, Haroldo Conti, en mayo del 76, y continuas amenazas de muerte sobre los miembros del equipo. Después del golpe militar del 24 de marzo, *crisis* debió pasar por la censura previa, y si la decisión fue seguir hasta lo posible, cada vez se hizo más difícil defender la vocación de la revista. La lógica militar toleraba la cultura, pero prohibía los testimonios y las crónicas de la vida popular.

Un día Galeano se quedó sin casa –descubrió a tiempo que un grupo parapolicial lo esperaba en su apartamento–, se vio obligado a andar armado y a dormir en casas de amigos. Entonces yo vivía solo en un departamento de Núñez y varias noches le di refugio, nos sentamos a escribir en mi mesa de trabajo, y a conversar largamente. Galeano tenía un espíritu juvenil, cuasi adolescente, que desbordaba por el humor y la curiosidad insaciable. Prefería el relato de experiencias y destinos a cualquier tema literario. Era un vitalista, como Haroldo, y lo ejercía con un orgullo antiintelectual que tal vez había aprendido de Onetti.

Un fin de semana fuimos a la quinta de Fico Vogelius en San Miguel que, curiosamente, estaba rodeada de cuarteles y destacamentos militares. Pero allí quedaba la espléndida casa, con piscina y frontón, cancha de tenis, casa de huéspedes, la pinacoteca con sus colecciones y la vieja edificación donde funcionaba su hemeroteca. Zito Lema llegó con su amiga Helena Villagra y Helena se fue de la quinta con Eduardo, encandilados uno con el otro. *Días y noches de amor y de guerra* escribió después, porque las dos cosas se le dieron juntas, mientras su situación se volvía más insegura. Helena ya había sobrevivido al atentado que mató al diputado Ortega Peña, su segundo marido, mientras viajaban en un taxi, y pocos meses después del encuentro con Eduardo los despedimos en un almuerzo de tristezas disimuladas, porque se exilaban en España. La decisión ya había sido tomada: si *crisis* no podía decir lo que quería era mejor cerrar y que muriese de pie. Zito Lema llevó adelante la revista tres meses más, hasta el número 40, de agosto del 76, y se exilió en Holanda. Al año siguiente Vogelius fue detenido, permaneció preso más de dos años y finalmente consiguió exiliarse en Londres. Durante la dictadura la revista se convirtió en una peligrosa prueba de sedición.

La tenacidad, el dolor o el orgullo hizo que, recuperada la democracia, Vogelius regresara a Argentina con la idea de continuar *crisis*, pese a que llegaba enfermo de cáncer. Pero ningún esfuerzo pudo recuperar el viejo espíritu. En el país de Alfonsín y de las asonadas militares, la izquierda ya no coincidía con el peronismo; Galeano se radicó en Montevideo, declinó volver a dirigirla y figuró en el *staff* como asesor; la dirección quedó en manos de Zito Lema y Osvaldo Soriano, y Vogelius murió al salir el N.º



41, en abril de 1986. Jorge Boccanera y yo nos entendimos bien en la secretaría de redacción, pero pocos meses después Soriano se apartó, la revista daba pérdidas y quedó claro que Zito Lema no iba a abandonar la demagogia izquierdista que nos alejaba de los lectores. Renunciamos con Boccanera poco antes de cumplir un año, y al número siguiente, por ocultar la discusión Zito Lema vinculó nuestras renuncias a un número muy violento contra la visita de Juan Pablo II a la Argentina, ilustrado por León Ferrari. Entonces las hijas de Vogelius, que financiaban los gastos por respeto al padre, pero votaban a la derecha, le dijeron basta y cerraron la revista.

Meses después vendieron la marca al abogado José Luis Díaz Colodrero, que nos convocó a Boccanera y a mí para montar una tercera etapa de *crisis*. Viajé con Colodrero a Montevideo para conversar con Galeano, que volvió a apoyar y a figurar como asesor junto a Aníbal Ford, solo por nuestro pacto de confianza y por no desalentar una fuente de trabajo porque la revista que amaba había terminado para él en el número 40. Volvimos a armar un buen equipo, con Vicente Muleiro, que había participado en la segunda etapa, Victoria Azurduy y el creativo de diseño de Jorge Sposari, pero el nuevo mecenas no demoró en mostrarse anodino y poco confiable. En tiempos del peronismo renovador introdujo a Eduardo Jozami como director editorial, la dirección periodística quedó a mi cargo y Boccanera se ocupó de la secretaría de redacción. Retomamos con el N.º 54, en octubre de 1987, y llevamos la revista otro año más, dando a conocer nuevos narradores, con valiosos aportes de Piglia, Gelman, León Rozitchner, Bayer, Galeano, Gilio, Levrero, Viñas, Roa Bastos, Monsivais, recuperamos los ensayos literarios, los informes sociales y políticos, pero nada en Argentina alentaba el trato con las tradiciones nacionales o continentales, y en diciembre de 1988 nuevas desinteligenacias con Colodrero nos obligaron a Boccanera y a mí a renunciar, esta vez acompañados por los redactores. Poco después la especulación y la hiperinflación voltearon al gobierno de Raúl Alfonsín con un golpe financiero del que emergió, victorioso en las urnas, Carlos Menem; Boccanera partió a Costa Rica, yo me radiqué en Montevideo, donde volví a coincidir con Galeano en el semanario *Brecha*, y desde entonces *crisis* ha ido cambiando de dueños y directores con un perfil cada vez menos cultural y más político. Esa fue, sin embargo, la cofradía de vocaciones que le dio origen en los años setenta, recordada por Galeano, sin nostalgia ni veladuras, en un breve editorial del N.º 41:

crisis fue un largo acto de fe en la palabra humana solidaria y creadora, la palabra que no suena por sonar, la que es voz y no eco. Por creer en la palabra, en esa palabra, *crisis* dijo lo que dijo y fue odiada y acosada por quienes practican la mentira en cultura, el fraude en política y la estafa en economía. Por creer en la palabra, en esa palabra, *crisis* eligió el silencio.

Cuando la dictadura militar le impidió decir lo que tenía que decir, se negó a seguir hablando.

Solo por ignorancia o mala fe se podría insultar a *crisis* llamándola neutral. No hicimos una revista inocente, no creíamos, no creemos, que los vientos del espíritu soplen por encima de las contradicciones del mundo. Ahora que la moda manda regar las flores de los jardines del Orden, no viene mal recordar que *crisis* tuvo la subversiva costumbre de tomar partido entre los condenados de la tierra y los que viven a sus costillas, entre la libertad de la gente y la libertad del dinero, entre el proyecto de patria y la modernización copiona que convierte al mundo entero en un vasto suburbio de Dallas. Nunca fue *crisis* vocero de partido ni boletín de parroquia, pero siempre practicó la cultura como peligrosa aventura de transformación de la realidad.



NO TENGO NADA PARA PUBLICAR

TELEFONO PARA NO DAR: 7691364

Abrazos muy fuertes, UMBERTO

Jordi Pujol presidió la primera conferencia política para sordos

La primera conferencia política dirigida a los sordos de Cataluña tuvo lugar el pasado sábado, día 21, en la sede social de Convergència Democràtica de Catalunya. El acto estuvo a cargo de Jordi Pujol, secretario de CDC, quien, entre otras cosas aseguró que no contempla una futura Catalunya autonómica sin que los sordos estén, los sordos, los sordos, no tienen solución a sus problemas determinados. Por otra parte, Pujol —que se dirige al público asistido de una intérprete— afirmó: «Cataluña necesita de toda la gente, porque Cataluña la de votar. Y en esta lucha no puede estar de lado a nadie. Vosotros, los sordos, también podéis luchar por Cataluña, por el mismo período de autocracia, de la historia catalana y de resurrección histórica de Cataluña».

Cabe resaltar al respecto que fue el primer político que ha organizado un mitin para sordos.

Baselona, fin de mayo

Querida María Esther:

Perdoná la demora en contestarte. Los correos me llegaron tarde, por el conflicto del correo catalán; y yo anduve de viaje haciendo malabares por ahí.

Alegria de saberte alegre: alegría, alegría. No sé quién me había dicho que te habían estafado y estaba en la ruina por una cosa que compraste y no sé qué, como en la televisión, me imagino que se arregla.

Aquí te mando unos recortes para que veas cómo las cosas han cambiado, en España, para las mujeres y los sordos. Estoy **MUY FELIZ** al lado de la maravilla Helena, y vosotras también vivimos al borde del mar. ¿O qui te crees?



El líder de Convergència ha sido el primer político que ha organizado un mitin para sordos.

(Archivo María Esther Gilio, Departamento de Archivos Literarios, Biblioteca Nacional de Uruguay)